

A DOS CENTÉSIMAS DE SEGUNDO DE MÍ

Ana María Torrado Heredia

Ganador del V CREASPORT de relato corto

Al terminar la sesión de entrenamiento de aquella tarde en el Papendal Netherlands, padre e hija se dirigieron a su casa en el más absoluto silencio. Las tardes eran cada vez más cortas y la luz natural menos intensa por las nubes, lo que obligó a Anouk a encender las luces del coche y al mismo tiempo a apagar cualquier pensamiento innecesario para solo mirar la carretera. En aquella ocasión eligió no poner nada de música en el coche. David, sentado a su lado, contenía la tensión de su cuello mientras miraba por la ventanilla derecha del coche. No era lo habitual, como tampoco fue lo que pasó aquella tarde. Llegaron a casa y nada más entrar por la puerta les invadió el inconfundible olor a kroketter. La madre, Marie, tan ilusionada había estado toda la tarde preparando sus platos favoritos dentro, claro está, de la dieta tan estricta que los deportistas tienen que cumplir, sin discusión, para llegar a estar en lo más alto del deporte mundial. La amplia sonrisa con la que Marie saludó a su marido y a su hija fue recibida con silencio. Ella ya sabía cuándo debía preguntar y aquella era la ocasión para renunciar a saber lo que les había sucedido. Anouk la sonrió cansada, con una mueca de medio lado y se acercó a ella y la besó en la mejilla mientras posaba una mano en su hombro, después le dijo en voz muy bajita que se iba a la ducha. Marie continuó sola en la cocina ultimando los preparativos de un delicioso pastel de manzana.

Con la mirada en sus zapatillas David subió las estrechas escaleras tapizadas en moqueta azul cobalto. Las subió tan deprisa que era evidente que no quería que le hablaran. Entró en su despacho situado en la primera planta frente al tramo de las escaleras y cerró la puerta. La luz que entraba por la ventana aún dejaba ver las reducidas dimensiones del despacho y antes de encender la lamparita de la mesa, sacó del bolsillo de la chaqueta su cronómetro gris redondo de los años noventa, que cada mañana recogía de su mesa en la misma posición que lo dejaba la noche anterior. Se sentó frente a su portátil y mientras este arrancaba, pudo ver un paquete cuadrado de papel kraf marrón con el nombre de Anouk sobre una pegatina blanca. Cogió el paquete y no dudó de que se trataba de las acreditaciones del equipo de atletismo al completo, incluida la suya propia, enviadas desde la IAAF. «Una preocupación menos, ya comprobaré los datos mañana», pensó con alivio. Dejó el

paquete a un lado y con el portátil ya listo buscó entre sus archivos el vídeo de unos recuerdos, algo lejanos, que le taladraban constantemente la memoria como un berbiquí entrando en un pedazo de madera. De una caja de bolígrafos de Asics que tenía sobre la mesa sacó uno de ellos al azar. Puso el vídeo en marcha y de manera automática agarró el bolígrafo con la mano izquierda mientras que, con la uña del dedo pulgar de la derecha rasgaba el logotipo de la marca de su patrocinador hasta dejar el bolígrafo sin identidad. La mayoría de los bolígrafos de la caja ya estaban desnudos. En el vídeo pudo recordar el día en el que él y su hija asistieron a una competición juvenil de pentatletas con tres países invitados; Alemania, Italia y España. Ella tan solo tenía quince años y su actitud ya era de una campeona. Él nunca se lo contó a nadie, pero en aquel vídeo, reflejado ahora en la frente de David cómo destellos azulados de lo que debió olvidar, se veía cómo iban los dos caminando por el pasillo de cemento gris del recinto, con sus bolsas de deporte enormes colgando del hombro y el sonido de sus pases colgados del cuello por una cinta naranja, que se movían al ritmo de sus pasos golpeando sobre su cuerpo. Pequeña porción de plástico que conduce al Olimpo. De repente revivió de nuevo lo que años atrás le dejó más helado que la temperatura de aquel pasillo. Poco antes de llegar a la puerta de la sala de concentración de deportistas y del personal del equipo, pudo ver a unas atletas alemanas que ya estaban preparadas para salir, y practicaban los últimos calentamientos. Una de ellas, quizá la más pequeña, provocó con sus gestos que él le prestara toda su atención y le grabara con su cámara. De nuevo, la pantalla del portátil volvió a reproducir la mirada fría, desafiante y maleducada que aquella mocosa, de apenas quince años y con el pelo rapado al uno, le clavó sus ojos como una espada. Mirada combinada hábilmente con una risita inmisericorde que incrementó la intensidad del desafío y que le dejó para siempre marcado. Claro ejemplo de lo que no quería para su hija. Un soplo, como una corriente de fantasmas que vuelan alrededor, volvió a erizarle la piel. En sus manos descargó toda su rabia y tanto apretó el bolígrafo que sin querer lo partió en dos. Continuó la grabación en la sala de concentración donde una pequeña Anouk, de pelo liso rubio sujetado con una diadema negra y un cuerpecito aún sin formar, sonreía a la cámara. La batalla de su hija se convirtió desde ese día en su batalla personal. Nunca lo compartió con nadie y menos con su hija. Detuvo el vídeo y se echó las manos a la cabeza. «¡No me lo puedo creer! ¡No me lo puedo creer!» se repetía una y otra vez: ¿Cómo he sido capaz de pedirle algo así? Ya me lo dijo una vez: ¡no papá, no quiero raparme el pelo como los chicos! «¿Por qué he vuelto a insistir? Anouk ya no es la niña de la diadema negra, ya es una mujer, es una gran atleta y ha hecho grandes sacrificios. ¡Cómo he podido ni siquiera plantearle la idea de que podría mejorar unas centésimas de segundo si se cortara la coleta!

David y Anouk mantuvieron una gran discusión aquella tarde por una tontería. Ahora David se daba cuenta de que sus miedos no los podía traspasar a su hija y menos aún, a una semana del campeonato mundial de atletismo de Londres. De repente llamaron a la puerta; era Marie avisando de que la cena ya estaba en la mesa. Un ahogado ¡ya voy! salió de su boca, aun sabiendo que no bajaría.

Mientras tanto, una planta más arriba, Anouk terminó de ducharse, pero no de estar mojada. Sus lágrimas aún continuaban recorriendo sus mejillas hasta que estallaban precipitadamente en la alfombrilla del baño. Miró su cuerpo en el espejo grande de la pared, cúmulo de músculos bien definidos que la luz tenue del servicio moldeaba formando sombras e incrementando su tamaño. No se vistió ni se secó, pero si se observó largo rato tratando de imaginarse con el pelo rapado. Su respiración se podía sentir fuera del baño y en un momento de flaqueza, de tensión irreflexiva, agarró el pelo mojado con sus manos en una sola coleta echada hacia un hombro, la sujetó con fuerza tirando incluso de ella hacia abajo y con la otra mano libre buscó desesperada unas tijeras por todo el baño. Abrió todos los cajones, rebuscó entre las pinzas, las horquillas, peines y gomas. Abrió el armarito pequeño que tenía a su espalda, pero no había más que botes y cremas. La impotencia le llevó de nuevo al llanto y soltó la coleta para abrazarse a sí misma por la cintura con las dos manos. Se sentó derrumbada en el borde de la bañera, inclinada hacia delante, le pesaba todo el cuerpo. Parecía que tuviera el corazón alicatado de rabia y de tristeza. Un amor secreto le obligaba a mentir a su padre, a ocultarle que ya no deseaba esa apariencia tan masculina y no lo soportaba. Dos centésimas de segundo la alejarían más de él. Empezó a sentir que el frío y la humedad se le pegaban a la piel y mientras se secaba con la toalla llamaron a la puerta con dos ligeros toques.

—Anouk, ¿estás ahí? Ya está la cena lista.

—Voy mamá. Ya salgo.

Anouk abrió la puerta del baño muy despacio. La sobreexposición de sus ojos al llanto dejó en su rostro una imagen que su madre apenas reconoció. Con paso lento se acercó a ella y le dijo que no tenía hambre y que cenaran sin ella, si no les importaba.

Pasados unos minutos Marie apagó todas las luces de la casa y llegó a su habitación que ya sabía antes de entrar que estaría vacía, pues al subir el primer tramo de la escalera pudo ver el haz de luz que se colaba por debajo de la puerta del despacho de David. Lo único que estaba ordenado en aquella casa era su cama y antes de meterse en ella, se dirigió hacia la ventana, que estaba totalmente a oscuras como toda la habitación, y apoyó su frente en el frío cristal. De repente un ruido fuerte de la calle la sacó de su preocupación y abrió la ventana y miró a un lado de la calle. El

ruido repentino lo provocó la caída de la tapa metálica del cubo de basura contra el suelo. Esa noche, los gatos del vecindario disfrutaron de una agradable velada bajo la luz de las farolas mientras cenaban unos deliciosos kroketter, y de postre, pastel de manzana.

Una semana más tarde, Anouk ganó la medalla de bronce del mundial de atletismo y en aquel peldaño, el más alto que jamás pudo soñar, el destello dorado de su brillante pelo rubio no fue suficiente para eclipsar su enorme sonrisa. David, orgulloso y recio, la observaba a varios metros de distancia y recuerda que la última reflexión que tuvo ese día fue que su viejo cronómetro no podría medir nunca la grandeza de su pequeña.